

Prólogo

El ser humano siembra un pensamiento y recoge una acción.

Siembra una acción y recoge un hábito.

Siembra un hábito y recoge un carácter.

Siembra un carácter y recoge un destino.

PARAMAHANSA YOGANANDA

Sé quien en verdad eres.

Descubre tus talentos y tu propósito en la vida.

Esto te llevará a hacer lo que amas y porque haces las cosas con amor, obtendrás lo que necesitas.

ERICH FROMM

Carlos Nessi era un buen amigo y un excelente terapeuta que falleció el año pasado. Carlos, como un regalo que pretendía despertar la grandeza interior, repetía a sus clientes: «Lo que des de ti se convertirá en tu riqueza». Esta bella frase, que es a la vez constatación e invitación, es la esencia de este libro. Nuestra ri-

queza es lo que somos capaces de aportar a este mundo en el que nos ha tocado vivir. Nuestra prosperidad depende de que nos demos al otro y, gracias a ese darnos e invitar a crecer al otro, crecemos nosotros. O, como diría el también amigo Alejandro Jodorowsky, «Lo que das, te lo das; lo que no das, te lo quitas».

Nos pasamos la vida buscando fuera lo que llevamos dentro. Nos perdemos en largos viajes cuyo destino final es siempre, invariablemente, volver a casa tras haber abierto la mente y haber madurado, conscientes de que no encontraremos nunca fuera aquello que tanto anhelamos y que no es más que nuestro propio grito interior, la voz de la vida que, a través de nosotros, nos reclama para darle un sentido, llenarla no incorporando cosas —objetos—, sino más bien todo lo contrario, dando lo que nos ha sido dado a modo de dones, talentos, anhelos, ideas, utopías deseadas. Pero esa plenitud solo la alcanzan aquellos que constatan en su fuero interno que venimos a esta Tierra a servir y a amar, a cuidar y a legar, y que ese es el origen y el fin de todo viaje. Ese es el verdadero tesoro.

Un libro con el título de *El mapa del tesoro* quizá nos haga pensar en novelas de piratas, bandoleros marinos, corsarios, loros en el hombro, parches en el ojo, garfios en el muñón, muchas cicatrices y varias patas de palo. Relatos algunos de ellos tan intensos como el que dejó escrito en el siglo XIX Robert Louis Stevenson en *La isla del tesoro*, y que tanta fantasía ha inspirado y sigue inspirando en millones de niños y adultos de todo el mundo. Pero este no es un libro de ficción, no es una novela, en él no aparecen carabelas ni goletas, tampoco cañones ni loros, ni islas caribeñas con abundantes cocoteros, ni piratas. Este libro pretende ser una metáfora que ayude al navegante existencial a re-

conocer su propio tesoro y a ponerlo al servicio de los demás, y de esa manera encontrar, tal vez, un modo de dar sentido a su vida y mejorar la de los demás.

Porque si tuviéramos que establecer una metáfora, una analogía entre la búsqueda de un tesoro y las habilidades necesarias para conseguirlo, a buen seguro que nos vendrían a la cabeza los siguientes elementos: una buena brújula o sextante para localizar la isla, un plano esquemático para saber dónde está enterrado el tesoro, un pico y una pala para excavar y abrirnos paso entre la tierra y la arena hasta el cofre, y una linterna, por si en momentos de oscuridad nos hace falta una lumbre adicional.

Pues bien, todos disponemos de estos elementos dentro de nosotros, si somos capaces de convocarlos, activarlos y ponerlos en práctica.

- La brújula sería nuestra actitud, nuestro querer, la fuerza que nos impulsa en el camino de la vida y la dota de dirección y sentido. Nuestra inteligencia emocional y social es esa brújula, y son nuestras actitudes y valores los que nos ayudan a avanzar con alegría y determinación en la construcción de nuestras utopías y anhelos, son ellos el combustible anímico del que alimentamos nuestro entusiasmo y con el que lo contagiamos a los demás. Hace más el que quiere que el que puede, dice el dicho con gran tino, y si eso es posible, es gracias a la enorme fuerza que genera un ser humano, que sabe que sin una actitud positiva, firme, determinada, generosa y amable nada se puede en la vida, menos aún encarnar grandes proyectos o utopías.

- El conocimiento, el saber, vendría a ser el plano, el esquema que indica cómo llegar al lugar donde está enterrado el tesoro.

Si la brújula nos guía orientándonos, el mapa nos señala el camino de forma más concreta. El uno no funciona sin la otra: mapa y brújula se necesitan y enriquecen, como lo hacen actitudes y conocimientos bien sintonizados y armonizados. Es fundamental una alta dosis de «querer» combinada con una alta dosis de «saber», de conocimiento diferenciado, de inteligencia lógico-racional que nos lleve a dominar el tema que queremos ofrecer al mundo, para llegar a conquistar nuestro tesoro y poder ofrecerlo al mundo de manera generosa y sostenida en el tiempo.

- Pero ¿de qué sirve una brújula y un esquema sobre un papel, por buenos que sean ambos, si no estamos dispuestos a reman-garnos y a mover la tierra a golpe de pico y pala para excavar hasta el cofre? No solo es necesario el querer —la actitud— y el saber —el conocimiento—, sino que también es imprescindible el hacer, el bien hacer, el trabajar. Eso que hoy se conoce como inteligencia práctica, y que consiste en saber aplicar nuestras actitudes y conocimientos a cuestiones operativas, cotidianas, pro-saicas incluso, sin las cuales lo real no avanza. Sangre, sudor y lágrimas, si son necesarias, para que con nuestro trabajo lleguemos al tesoro, queriendo, sabiendo y haciendo.

- Una vez conseguido el tesoro, nuestra odisea, sin embargo, no termina. El reto entonces es aún mayor: ¿cómo podemos conservar-lo, o mejor, cómo podemos hacerlo crecer para que llegue al mayor número de personas posible? ¿Cómo podemos además legarlo a las futuras generaciones para que lo preserven y lo compartan con los que todavía están por llegar? La inteligencia ética y espiritual se encargarán de preservarlo y cederlo a las futuras generaciones aun cuando nosotros ya no estemos en la Tierra.

Este libro habla de todo ello. En el viaje que realizaremos por las próximas páginas no tendremos que superar arrecifes peligrosos, grandes tempestades o navíos cargados de cañones amenazantes. Será un viaje plácido durante el cual conoceremos a personas que han cambiado el mundo con la búsqueda y la gestión de su tesoro. También navegaremos entre algunos libros que nos darán pistas elocuentes sobre cómo iniciar una travesía áurea y herramientas que nos ayudarán a mejorar pico y pala, brújula, mapa y linterna. Veremos cómo es posible trenzar el querer, el saber, el hacer y el legar de manera óptima.

Porque el tesoro es la suma de inteligencias de un ser humano, sea este emprendedor social o económico, o ambas cosas a la vez. Las historias de éxito que iremos desgranando en este libro demuestran que muchas veces caemos en tópicos simples cuando se trata de explicar por qué otros han creado proyectos generadores de gran abundancia. Si bien es cierto que, por lo general, los grandes creadores de prosperidad han contado con una buena educación, todos ellos han realizado su travesía hacia el tesoro con los bolsillos vacíos, aunque, eso sí, las alforjas llenas de buenas ideas, pasión, entusiasmo y un tesón incombustible que conocemos como determinación.

Quien es capaz de realizar grandes logros no pertenece a una raza diferente ni es superior a quien sostiene estas páginas, querido lector. Lo que distingue a estas personas es su actitud y su manera de ver el mundo.

Por eso vamos a reformular la pregunta del principio. En lugar de «¿Cómo lo han hecho?», cuando veamos que alguien triunfa en algo en lo que hemos fracasado, la pregunta más útil es: «¿Qué han hecho ellos/ellas que no haya hecho yo?».

Antes de estudiar estos casos de éxito para elaborar nuestro mapa del tesoro, que definiremos en las páginas siguientes, vamos a planear brevemente sobre la abundancia.

Lo que crees es lo que creas

Vale la pena ser conscientes de cómo miramos al mundo y ser cuidadosos con nuestra mirada, porque el mundo acaba siendo como lo miramos. En realidad, nuestras creencias acaban deviniendo realidades, es decir, lo que creemos tiende a ser lo que creamos. Si somos capaces de ver el mundo como un lugar de posibilidades extraordinarias donde hay muchas cosas por hacer, un universo lleno de oportunidades que se pueden traducir en soluciones que mejoren la vida de miles de millones de personas que tanto lo necesitan, y trabajamos con buen criterio y eficacia para aplicar tales soluciones de una manera distinta, que aporte valor añadido diferencial y beneficio para todos, la prosperidad tiene muchas posibilidades de materializarse.

Cada uno de nosotros construye la realidad en la que cree, y es que la realidad no es lo que ocurre en el exterior, sino lo que ocurre dentro de nosotros y, en definitiva, para cada uno de nosotros solo es posible lo que somos capaces de imaginar. Conviene prestar atención a cómo miramos al mundo, porque será exactamente como lo miremos. Este es un punto de partida muy importante que debe tener en cuenta cualquiera que salga en busca de su tesoro.

¿Depredador o jardinero?

Un requisito para la riqueza es tener una visión generosa, amplia, positiva, nunca depredadora. El depredador devora, el jardinero siembra.

Si queremos crear un paraíso de plenitud y prosperidad debemos ejercer de jardineros, lo cual significa:

1. Amar, cuidar y respetar lo que hacemos.
2. Dar a cada persona lo que realmente necesita.
3. Ser humildes y agradecidos.
4. Invertir y ahorrar con criterio.
5. Tener claros los objetivos.
6. Trabajar sin miedo.
7. Tener voluntad de aprendizaje continuo.
8. Alimentar el esfuerzo con ilusión, pasión y determinación.
9. Tener voluntad de ser útil.
10. Mirar siempre el mundo con ojos nuevos y con esperanza.

Sobre esto último, el secreto de algunas personas prósperas es que miran su realidad con la curiosidad de un niño y con atención, y descubren cosas que a la mayoría de los adultos se les escapan.

Para tener ideas que resulten exitosas, los buscadores de tesoros deben adquirir un conocimiento diferenciado, por lo que es preciso formarse, adquirir aptitudes y desarrollar actitudes para hacer realidad la utopía: trabajo, visión, propósito, longanimidad y, finalmente, la voluntad de compartir la riqueza para generar más riqueza.

Sin embargo, no hay que hacer del dinero el principal objetivo de nuestra búsqueda. El dinero es el síntoma, la consecuencia inevitable de haber ofrecido una solución útil a muchas personas.

El porqué antes de nada

La mayoría de las personas, cuando crean un negocio, se preguntan: ¿qué puedo ofrecer?, ¿cómo lo ofreceré? y ¿para qué?, en este orden. Es decir, parten de una idea cerrada, parten del «qué» y dejan el «para qué» al final.

Sin embargo, para que se genere verdadera prosperidad hay que actuar, curiosamente, siguiendo el proceso inverso. Lo primero que uno debe preguntarse es «¿para qué?», y buscar el sentido profundo de lo que hace. Para Steve Jobs, cuya trayectoria analizaremos más adelante, el «para qué» era crear belleza y utilidad sin errores. Ese era su sentido de la creatividad: hacer piezas diferentes, sencillas, muy bonitas, prácticas y funcionales.

A continuación, Jobs se centró en el cómo: con una tecnología específica, usable, diferencial. Es muy importante invertir en el proceso diferencial.

Por lo tanto, antes de saber qué podemos ofrecer y cómo podemos ofrecerlo, debemos preguntarnos para qué ofrecerlo. Eso movilizará nuestro talento y nuestra pasión, aquello que nos hace levantarnos cada mañana con ilusión aunque estemos agotados. Cuando tiene un sentido, amamos lo que hacemos y, por tanto, lo hacemos de la mejor manera que podemos y sabemos, dando lo mejor de nosotros mismos y aprendiendo continuamente con entusiasmo para mejorar.

Los humanos vivimos para crear y amar. Si nuestra vida tiene sentido, lo tiene porque sabemos que hay alguien a quien amamos y algo a lo que amamos. Si amamos de verdad, cuidamos lo que amamos, nos entregamos a ello en cuerpo y alma, y de este modo las oportunidades aparecen solas y continuamente, porque nuestra sintonía con el mundo nos hace ver oportunidades donde otros, simplemente, no ven nada.

Y al revés: si concebimos la vida movidos por la ambición de ganar mucho dinero, por vanidad, por altanería, para superar complejos que el dinero jamás nos ayudará a superar, porque tenemos miedo y queremos ser reconocidos, no encontraremos la prosperidad. Es más, quien actúa de esta forma tiende a agotar sus propios recursos y los de quienes lo rodean, porque esa ambición nace de un vacío interior incolmable. La aparente riqueza que se genera actuando así tiende a desaparecer muy rápidamente.

Por eso queremos empezar este libro afirmando que la clave de la prosperidad es la generosidad. La voluntad de crear, de servir y de amar y dar genera una riqueza abundante que permite mejorar el nivel y la calidad de vida de las personas gracias a las cuales podemos ejercer nuestro trabajo.